

Y el momento histórico no puede ser más oportuno. Todo clama en torno nuestro por el advenimiento de un orden nuevo; el cual jamás podrá venir sin una renovación espiritual intensa en las almas. La nueva era, que se inicia, tiene que venir sellada con un sello de sentido diametralmente contrario, a lo que en nuestros tiempos agoniza entre estertores y ruinas y catástrofes.

El signo de la Edad Moderna fué la *autosuficiencia* del hombre frente a Dios. Y como natural consecuencia el prescindir de Dios, el suprimir al menos prácticamente, a Dios, el convertir al hombre en fin de sí mismo, individual o colectivamente considerado, y en centro y norte exclusivo del progreso y de la historia, en torno al cual habrán de girar todas las humanas actividades. A esto tendía con esfuerzo máximo el Renacimiento; esto proclamó descaradamente y sin ambages la Enciclopedia dieciochesca, de donde nació su espíritu revolucionario y destructor, porque todo lo que se había *edificado* hasta entonces en la Historia tenía signo religioso y cristiano; y bajo ese impulso de infatuamiento soberbio y presuntuoso vivió el siglo XIX y se inició el siglo en que vivimos, llegando al borde del abismo en las últimas catástrofes, verdaderamente inauditas, que la humanidad viene padeciendo.

Pero el loco por la pena es cuerdo; y las experiencias amarguísimas de los últimos años van abriendo a muchos los ojos. De aquí el movimiento hacia Dios, ciertísimamente y bajo los mejores auspicios iniciados en todas las naciones civilizadas del mundo. Y este movimiento de reacción, que viene por las cumbres, como debe ser, como todo lo que es fecundo en la historia, quiere ya reanudar el hilo del recto acontecer histórico, volviendo hacia una nueva Edad Media, en que el sentido espiritual cristiano lo informe y vivifique todo nuevamente.

Dios cuenta en la Historia, donde tan sólo los ciegos pueden no ver las leyes de una admirable Providencia. Dios cuenta y pesa en la vida, donde hasta los investigadores positivistas nos dicen ya, que la materia sola no lo explica todo, que con materia sola no se explica nada suficientemente, y que es preciso afirmar la existencia de algo superior, llámese cobarde y vergonzosamente X, llámese valiente y noblemente espíritu, espíritu del hombre o alma y Espíritu trascendente de Dios, o espíritu del hombre sostenido y dirigido